

problema de las clases sociales. Pero pasa a segundo plano. Cede el lugar a las palpitaciones de ese gran conjunto que es la agricultura europea, desde la Edad Media hasta el siglo XVIII: ésta forma, en efecto, un ecosistema, a la vez fluctuante y estable, enraizado en la naturaleza, fijo en cuanto a las técnicas pero variable en cuanto a las dimensiones seculares.

A pesar de un fichero generoso,

lleno de anotaciones concretas, la trama de la historia económica, incluso en Abel, permanece ausente; pero el juego de una mecánica con dos grandes variables (población fluctuante y producción relativamente inelástica) proporciona al historiador alemán el $e=mc^2$ de un pasado global y tradicional.

Este juego fascinará a quien quiera y sepa leer. Gracias a Wil-

helm Abel, estamos en presencia de un Universal concreto que nace de la observación experimental. No sale todo armado del muslo del filósofo.

Traducción Rodrigo Martínez
Tomado de Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien II*, Gallimard, 1978. Publicado originalmente en *Le Nouvel Observateur*, 14 de enero 1974.

En el lejano Sureste

Gloria Pedrero

Helen H. Seargent, *San Antonio Nexapa*, México, Fonapas Chiapas - Dirección de Cultura y Recreación, 1980, 431 pp. ils. (Colección Ceiba, 11).

Para toda aquella persona que haya tenido el privilegio de vivir alguna temporada en una finca tropical será un deleite la lectura del libro de Helen H. Seargent, ya que, con él, recordarán vivencias tales como el trabajo en el campo, durante el día, y al anochecer, en la casa, las pláticas y cuentos de los mayores, la lectura de novelas y revistas y la noche oscura llena de ruidos.

A través de este documento podemos conocer la vida cotidiana de una familia típica de colonizadores norteamericanos, (compuesta por los padres, dos hijos y tres hijas) que en lugar de irse a la conquista del Oeste, vinieron a la del Sureste Mexicano (Tapachula). El hábil jefe de la familia construye la clásica cabaña con

horcones y vigas de maderos labrados, en medio de un campo, sembrado de maíz, calabaza, chile, frijol y plátano, y rodeados por la selva. Su adaptación física, llamémosla así, fue muy rápida, pues al poco tiempo de haber llegado adoptan las técnicas de preparación del terreno de la zona (roza y quema), los de siembra (coa o palo sembrador) y aprenden a utilizar los medios que la naturaleza les brindaba (maderas, palmas, jícaras, etc.). En el ámbito alimenticio el cambio fue radical, pues durante mucho tiempo la leche, el huevo y el pan resultaron muy escasos, siendo substituidos por la tortilla, el frijol, la calabaza y algunas yerbas. El plátano va a ocupar un lugar importante también en la dieta familiar, a tal grado que, cuando después de mucho tiempo de estar anhelando un horno donde cocinar el pavo del día de acción de gracias y hornear el pan y los pudines, al fin lo consiguen, la exclamación familiar fue “¡bravo... ahora

podemos hornear plátanos machos para comer con nuestro arroz y frijoles”.

Hemos hablado de adaptación física porque consideramos que una adaptación ideológica nunca la hubo, lo cual se debió fundamentalmente, a lo que la autora reconoce como la intención de su padre de que continuaran “siendo americanos”, “. . . y después de todo, creo que lo logró”. En general tuvieron muy poca relación con mexicanos, sus amistades eran casi siempre extranjeros y fundamentalmente compatriotas suyos o ingleses. Desde niños sus padres les habían metido en la mente que no jugaran con niños mexicanos (a los cuales consigna como “nativos”) y, posteriormente, nunca les permitieron asistir a las fiestas en Tapachula, para que no se aficionaran demasiado a la sociedad mexicana. Todo esto creó en ellos un cierto grado de racismo, de tal forma que nunca llegaron a apreciar la belleza indígena: “Juan no era

guapo, tenía casi apariencia de indígena..."; sintiendo desprecio o compasión por los que habían cometido el error de casarse con mexicanos: "... y Héctor, con su esposa mexicana... ¡Cómo no se va a sentir desgraciada su madre!". El resultado de esta falta de integración fue que desde 1896 (cuando aún no habían recogido su primera cosecha de café) se plantearon la posibilidad de vender la finca y que hacia fines de 1905 la mayor parte de la familia se encontrara viviendo en California. Desconocemos cuando finalmente vendieron San Antonio Nexapa, pero debe haber sido poco tiempo después de esa fecha.

Este libro resulta ser un valioso documento para la historia de Chiapas (periodo 1889-1905), pues a través de él podemos reconstruir lo que fue el intento de colonización por extranjeros del gobierno porfirista. La ineficiente actuación de las compañías deslindadoras, que dejaban al colono solo en medio de la selva, hizo que se quedaran solamente los que estaban preparados para la autosubsistencia; de ahí que el padre haya tenido que fabricar prácticamente todo (desde la casa, hasta los zapatos) valiéndose de los instrumentos autóctonos y de la única herramienta moderna su "sierra de trozar grande" traída por él desde los Estados Unidos. La madre, al igual que el padre, juega un papel muy importante en la adaptación de la familia al medio, introduciendo la nueva alimentación y aprovechando los recursos naturales. Se menciona, por ejemplo, que probó diversas cortezas hasta que encontró una que servía para teñir, además de que ella era la encargada de fabricar la ropa y juguetes para los hijos. Desde luego hay

que tomar en cuenta la participación de los hijos, salvo el más pequeño, todos colaboraban en los trabajos de construcción, del campo y de la casa. Además de que contaban con el respaldo moral de los colonos extranjeros ya establecidos en la zona.

El conocimiento y habilidades técnicas del padre (adquiridas durante su vida como colonizador en Arkansas, Arizona y California) les permitieron tener algunas comodidades que pocas familias de la zona disfrutaban: una toma de agua en la casa, una rueda de agua para mover la desgranadora y la rueda hidráulica de la despulpadora del café. Además de que él fabricó el trapiche y construyó con la ayuda familiar los utensilios necesarios, para fabricar la panela y el azúcar.

Resulta sumamente interesante reconstruir el proceso que les llevó la creación de la plantación de café, desde su llegada al campo sembrado de maíz y frijol, la construcción de la primera casa, el asegurar su comida a través de la siembra de maíz, frijol, plátano, arroz, árboles frutales, especias, etc. y la creación de una fuente monetaria, la siembra de caña y construcción del trapiche, todo esto en el lapso de dos años. En el siguiente año iniciaron la siembra del café, teniendo su primera cosecha para el mercado (seis sacos de café pergamino) en 1897. Hacia 1900 producían de 140 a 150 quintales de café por cosecha.

Unido a esto se da el crecimiento de la población trabajadora, ya que poco a poco, y conforme va creciendo la actividad, van necesitando de la contratación de mano de obra; de un solo cortador de caña al inicio, llegaron a tener 20 trabajadores en 1900. Así sabemos cómo era la forma

de pago (en salario y especie), cómo se daba la contratación, la relación personal patrón-sirviente, y cómo era la vida de los trabajadores y sus familias en la rancharía de la finca y en su lugar de origen. A este respecto, en los capítulos 15 y 27 la autora nos demuestra su gran sentido de observación y de aprecio por las costumbres de los indígenas, ya que a través de su relato podemos conocer cómo eran sus vestidos, sus casas, sus muebles, los enseres de la cocina, su alimentación, su forma de lavar la ropa, la manera en que transportaban sus objetos y alimentos cuando viajaban a su lugar de origen, algo sobre sus creencias tales como el mal de ojo, sus fiestas y sus entierros. Esto referido a los tacanecas (habitantes del Tacaná) y a los del Bejucal (Bejucal de Ocampo). Sobre la relación patrón-trabajador menciona que existía un cierto grado de dependencia emotiva, la cual se manifestaba en los momentos de desastre, como un fuerte temblor. Seargeant en una carta a su hermana le comenta: "Es sorprendente lo mucho que dependen los mozos del patrón. No se da uno cuenta de eso hasta que pasa algo serio. Cuando ocurrió esto, los mozos, grandes y chicos, vinieron como un solo hombre a la casa tan pronto como fue posible". Lo que nos habla de la relación paternalista netamente feudal tan común en la vida de las haciendas y ranchos decimonónicos.

Esta obra también resulta una fuente de conocimiento sobre una buena parte de los colonizadores extranjeros, pues además de saber cuál era su nacionalidad y sus propiedades, existen datos sobre sus actividades productivas, comerciales, sociales e incluso políticas. A través de este docu-

mento hemos sabido que la finca San Juan se inició con un capital de 45 000 dólares y que trajeron trabajadores polinesios y kanacas, los cuales murieron de viruela. Que en las fincas cafetaleras alemanas la mayor parte del personal administrativo estaba compuesto por alemanes, de quienes la autora nos comenta que: "casi todos ellos eran de la clase alta y bien educados. Hablaban español mejor de lo que hablaban inglés, pues se habían preparado para venir...". En contraste, estaban los aventureros, las familias muy pobres en busca de oportunidades y los fugitivos de la justicia.

Sobre las propiedades de la zona se menciona las grandes propiedades como San Juan, El Retiro, Guanajuato, Chicharras, Laguna Carmen, Argovia, las cuales requerían de mucho personal y las pequeñas que eran atendidas por la familia y algunos trabajadores como La Colonia, Quien Sabe, San Carlos, etc. También se da a conocer el hecho de que algunos miembros de las familias de las pequeñas propiedades trabajaran por temporadas en las fincas grandes, como Ch. Leshner que fue administrador de San Juan y de Zacualpan a pesar de ser el dueño de San Carlos y que Matthew Humphreys (el padre de la autora) en la época en que aún no tenían suficientes ingresos, haya trabajado como carpintero en San Juan.

Su relación con el mercado resulta sumamente interesante, pues según nos narra Helen Seargeant durante el primer año no compraron nada que no fuera indispensable (sal, soda, jabón, carne seca, manteca y manta). Para nosotros (integrantes de una sociedad consumista) la pérdida de una aguja no significa prácticamente nada, pero para la época del libro la si-

tuación era totalmente distinta, la siguiente narración es muy significativa: "Un día, María se olvidó de prender su preciosa aguja en el pedazo de olote y la perdió. La buscó de arriba a abajo, pero no la pudo encontrar. Fue para ella una terrible calamidad haber perdido su única aguja, era otra de las cosas que no crecían en los árboles. Cuando le dijimos a Mamá lo triste que se sentía la pobre María con la pérdida de su aguja, ella le dio una nueva y María se sintió feliz".

Después, cuando su situación económica mejoró, ampliaron sus compras, así es que aproximadamente una vez al mes "... papá o Albert [el hermano mayor] tomaban una mula de carga e iban a Tapachula a buscar provisiones y el correo. Los vapores sólo venían una vez por mes a San Benito, por lo que no tenía caso ir más seguido a buscar el correo. Nos suscribimos al *Weekly Examiner* y en cada vapor venía el periódico de cuatro semanas. Las noticias llegaban lentas pero las leíamos". Dentro de su actividad intelectual además de aprender a escribir el inglés, tuvieron una maestra que les enseñó a leer y escribir el español. La lectura de clásicos como Shakespeare y Byron era combinada con novelas baratas, pero por varias anécdotas narradas podemos darnos cuenta que leían mucho.

Para los amantes de la naturaleza este libro les resultará muy ameno, pues desde su llegada a las playas de San Benito las referencias al medio natural son constantes. A través de la autora, podemos conocer un medio ecológico que ahora ya casi no existe, siendo excelentes sus descripciones de la selva, los esteros, la costa, la laguna Chantuto, la isla de los Pájaros y la de Zacapulco y el

paisaje de la tierra fría. Innumerales resultan las referencias a los animales en su medio natural, el canto de las ranas, la bajada de los monos de la montaña al río, los pájaros, las hormigas, las terribles termitas, los lagartos, etc.

A quienes les tocó de cerca la erupción del Chichonal (Chiapas), con los capítulos 23 y 24 volverán a vivir esa experiencia, pues en él se habla de los temblores previos, la oscuridad repentina, la huida a un lugar seguro, el regreso a la casa y el encuentro con los efectos del fenómeno: "había una pálida luz cuando cabalgamos a la casa, era suficiente para ver la desolación que las cenizas habían dejado en nuestra hermosa y verde región. Ahora era muy poco lo verde que se podía ver, ya que habían muchas ramas rotas y muchos árboles caídos, y tanto las ramas rotas como la maleza estaban totalmente cubiertas por la ceniza. El bosque estaba tan destruido que los venados andaban al descubierto y los cazadores mataron a muchos. Se murió la mayoría de los pajaritos y animales. Pasaron varios años antes de que nuestros amados ruiseñores empezaran a aparecer otra vez". Posteriormente nos narra los cambios ecológicos que produjo en la zona la erupción del Volcán Santa María de Guatemala el 24 de octubre de 1902.

Finalmente nos interesa mencionar que la autora escribió el libro treinta años después, al encontrar en el baúl de Kittie (su hermana mayor) las cartas que reproduce y el pequeño diario que su madre llevaba (el cual termina en 1898); sin embargo, la narración resulta tan natural y las vivencias tan cercanas y tan detalladas que nos hace convivir con ella y su familia la "aventura mexicana", como ella la llamó.